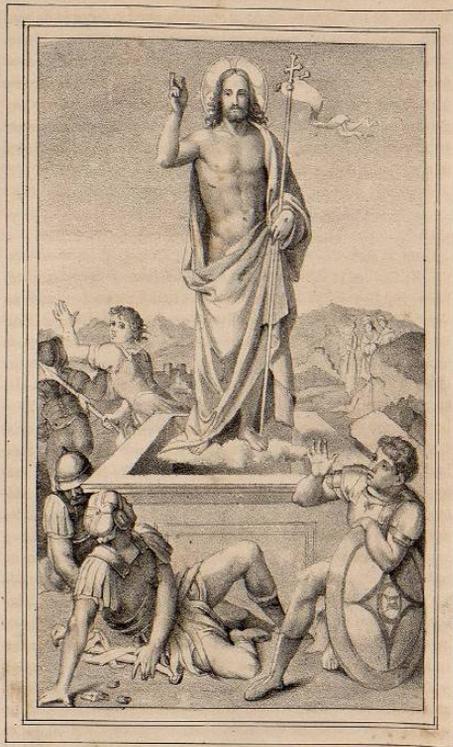


**752** *de su* **COMPENDIO DEL AÑO CRISTIANO.** *resurrección de*  
 auxilio. Si las lágrimas de un arrepentido pueden servir de consuelo, aquí tenéis las mías; pero emplead las vuestras en mi favor. Mañana es el triunfo de vuestro Hijo; mañana es día de hacer mercedes; ¿qué os negará en día tan venturoso? Nada. Pues suplicadle que me conceda su gracia para salir de la culpa, permanecer y progresar en la virtud, y evitar el que en mi muerte me vea para siempre separado de su compañía y de la vuestra, sino que eternamente os alabe en la bienaventuranza.

### Domingo de Resurrección.

Este es, dice el Profeta, el día feliz que hizo el Señor: celebrámosle con todo el gozo y alegría de que somos capaces. ¿Hubo jamás motivo más justo para alegrarnos que la resurrección del Salvador? Este misterio es la prueba invencible de todos los otros; es el fundamento de nuestra religión; la prenda segura de nuestra felicidad; la base de nuestra fé y el áncora de nuestra esperanza. Jesucristo resucitado, dice San Atanasio, ha hecho que la vida de los hombres sea una fiesta continua: ningún dolor, ningún temor debe turbar ya nuestro reposo: nuestra esperanza nada tiene ya de vacilante, ni de incierto, pues nuestro Maestro resucita para nunca más morir: nosotros no podemos ya morir sino para volver á vivir. Hemos llorado á Jesucristo, y así es justo que habiendo sentido los dolores é ignominias de su muerte, tengamos parte en la gloria y en el gozo de su triunfo. Manifieste su alegría todo el universo, dicen los Profetas; resuenen por todo el mundo en este día afortunado los gritos y cánticos de gozo, para celebrar un triunfo que debe hacernos á todos dichosos. La muerte es vencida; el infierno deja escapar sus más ilustres cautivos; la tierra ántes del tiempo de la restitucion general, se ve forzada á volverles á muchos santos los despojos de sus cuerpos para honrar la pompa de su victoria. El cielo envía á sus ángeles á anunciar á todos los fieles la gloriosa y triunfante resurrección de su Redentor. Los Apóstoles salen en fin de las tinieblas de su ignorancia y de su incredulidad, para reconocer y adorar la divinidad de su Salvador, á quien ven en este día victorioso de la misma muerte.

Todo el cristianismo está fundado sobre la creencia de este misterio; todo estriba sobre esta verdad fundamental. Aunque la divi-



*¿Que buscáis entre los muertos al que vive? RESUCITÓ que no está aquí (S. Lucas cap. XIV. v. 36)*

nidad de Jesucristo hubiese sido suficientemente establecida; ya por las obras sobrenaturales que habia hecho en el discurso de su vida mortal, ya por los oráculos de los Profetas, que se referian todos tan exactamente á las diversas circunstancias de su vida, de su pasion y de su muerte, los demonios arrojados, los ciegos curados, los muertos de cuatro dias resucitados: tantos prodigios lo autorizaban al parecer bastantemente en la calidad que tomaba de Hijo de Dios; sin embargo, era necesario que resucitase para poner una verdad tan importante fuera de todo tiro de la calumnia: puede decirse que la revelacion de la divinidad de Jesucristo, estaba sobre todo aligada y como pendiente de su resurreccion. Esta era la prueba que daba él mismo de que era Dios. El Evangelio está lleno de las declaraciones expresas que hacia tan repetidas veces á sus discipulos, no solo de los oprobios de su muerte, sino tambien de sus gloriosas consecuencias, y singularmente de la resurreccion de su cuerpo al tercero dia. De nada servia haberlo confiado á sus discipulos, si lo hubiera ocultado enteramente á sus enemigos; por eso á cada paso les hablaba á unos y á otros de su resurreccion, sirviéndose de expresiones misteriosas y figuradas, para despertar su atencion y curiosidad. Vosotros me preguntais, les decia, ¿con qué autoridad arrojé á latigazos á los que con un tráfico el mas indigno profanan el templo? Destruid este templo, y yo lo reedificaré en tres dias. El templo de que hablaba era, dice S. Juan, su propio cuerpo. Despues que hubiéreis destruido con una muerte cruel é ignominiosa, este templo visible, que es mi cuerpo, yo lo volveré á poner al tercero dia en el mismo estado, y en un estado todavía mas perfectó. Me pedís, les decia en otra ocasion, un milagro nuevo para convencer vuestra incredulidad: los que he obrado, y de que la mayor parte de vosotros habeis sido testigos, podrian bastaros; pero yo haré uno que les pondrá el sello á todos los otros, y que ningún hombre que no sea Dios, es capaz de hacer. Este milagro será aquel de que fué figura el profeta Jonas, saliendo con vida despues de haber estado tres dias en el vientre de la ballena. Por mas figuradas que fuesen estas expresiones, no obstante, las comprendieron muy bien los judíos, y penetraron tan bien su verdadero sentido, que inmediatamente que espiró, corrieron á decirle á Pilato: *Nos acordamos que aquel embaucador dijo muchas veces durante su vida, que resucitaria al tercero dia; y por consiguiente que era menester prevenir el error y cerrar todos los caminos á la impostura, tomando to-*

das las precauciones posibles para embarazar el que se lo llevasen del sepulcro. En efecto se tomaron las precauciones: la autoridad del gobernador, la desconfianza de los pontífices, los artificios de los fariseos, la vigilancia de los guardias, el sello de los magistrados, todo se empleó para impedir cualquiera sorpresa; y todo sirvió á hacer mas incontestable, mas palpable la verdad de la resurreccion. Quiere el Señor que nada tengan que reprenderse de parte de la vigilancia, para que nada tengan que reconvenirle de parte de la verdad. Los guardias, puestos para quitar á la resurreccion el medio de esparcirse por el mundo, les quitan á sus enemigos el medio de contestarla y oponerse á ella: eran en la intencion de los judíos otros tantos obstáculos á la impostura; y son en los designios de Dios otros tantos apoyos de la verdad. Sin estos soldados, hubiera sido preciso que los primeros denunciadores de este prodigio hubiesen sido los Apóstoles, gentes sospechosas para los judíos é interesadas en publicar este hecho; pero lo son los mismos soldados, los cuales, testigos oculares de la resurreccion del Salvador, la denuncian á los pontífices y confunden con esto su malignidad.

Así como la verdad de este gran misterio es una prueba sin réplica de la divinidad de Jesucristo, y por consiguiente de la verdad, de la santidad, de la infalibilidad de nuestra religion, fundada y establecida especialmente por él; así tambien en virtud de la seguridad y de la fé con que se cree esta tan milagrosa resurreccion del Salvador se ha multiplicado el cristianismo; el Evangelio ha hecho en el mundo infinitos progresos, y la divinidad del Salvador, á pesar del infierno y de todas sus potestades, ha sido creida hasta en las extremidades del mundo. Nunca predicaban los Apóstoles á Jesucristo, que no hablasen de su resurreccion como una prueba sin réplica. En el primer sermon que predicó San Pedro en medio de Jerusalem, cincuenta dias despues de haber resucitado Jesucristo, y en el que convirtió tres mil judíos, se habla de este misterio, sin que ningun escriba, fariseo ó pontífice se atreviese á desmentirle. El que os predicamos, decian en voz alta los Apóstoles, es aquel mismo que vosotros crucificasteis, que espiró en una cruz, y que tres dias despues se resucitó á sí mismo. La evidencia de esta resurreccion es la prueba mas concluyente de todas las verdades de fé, y la demostracion de todos los otros misterios. Aun puede decirse, que en el nacimiento de la Iglesia toda la fuerza del zelo de los Apóstoles se reducía á dar testimonio de la resurreccion

del Salvador. No se preciaban al parecer ni se calificaban sino de testigos de la resurreccion del Señor. Si es menester sustituir un nuevo discípulo en lugar del pérfido Judas, no se busca sino uno, que como ellos, haya sido testigo de la resurreccion de Jesucristo. En efecto, añade San Lucas, no habia quien no se rindiese á la fuerza de este testimonio. Toda la religion, todo el Evangelio se encierra, por decirlo así, en este solo articulo da nuestra fé: Jesucristo ha resucitado; luego es Hijo de Dios; luego es Dios, como él mismo nos lo ha asegurado: sus palabras son oráculos de verdad; luego su Evangelio es la sola regla de las costumbres; su Iglesia el solo camino de la salvacion: su religion la sola verdadera que puede haber en el mundo.

Por la excelencia de este misterio juzguemos de la solemnidad de la fiesta de este dia. La fiesta de pascua es la mas solemne y la mas augusta de todas las fiestas de la religion cristiana. La Iglesia la ha mirado siempre como el *dia del Señor* por excelencia, y la ha hecho llevar el nombre augusto de Domingo, despues de haber trasladado á este dia todos los honores y obligaciones del dia del Sábado, que hasta entónces habia sido el dia singularmente consagrado al Señor. Y no se contentó con limitar su solemnidad al dia de su resurreccion, ni á los términos de una octava ordinaria: quiso que los regocijos espirituales de la fiesta continuasen todos los cincuenta dias que se llaman el tiempo pascual; y que durante el año el primer dia de la semana por esto ha entrado á ocupar el lugar del Sábado, nos renovase la memoria del misterio de la resurreccion, solemnizase en partes su celebridad, y que cada Domingo fuese como la octava perpetua de la fiesta de pascua. San Basilio dice, que la fiesta de pascua es como el principio de la fiesta de la eternidad, ó á lo ménos como la representacion de la fiesta de la eternidad bienaventurada. La fiesta de pascua, dice San Gregorio Nacianzeno, es sobre las demas fiestas del Señor. Los otros Santos Padres la llaman la fiesta de las fiestas; y el papa San Leon, queriendo darnos una justa idea de esta gran solemnidad, dice, que entre todos los dias que se honran con un culto particular en la religion cristiana, no hay otro mas augusto ni mas excelente que el de la fiesta de pascua, de la cual todas las otras solemnidades de la Iglesia reciben su dignidad, y por decirlo así, su consagracion. Por este motivo en los ocho ó nueve primeros siglos toda la semana de pascua se componia de tantas fiestas como dias, y venia á ser, digámoslo así, una

sola fiesta solemnè que duraba ocho dias. El concilio segundo de Maseon, tenido en 585, renueva expresamente y encarga con encarecimiento el que se deje de trabajar y cese toda obra servil en los seis dias siguientes al Domingo de pascua; no debiendo, dice, emplear los fieles todo este tiempo sino en celebrar con devocion y con una santa alegría el triunfo de nuestro Redentor, y en darle gracias por el beneficio de la redencion. Ninguno, dice el concilio, en estos seis dias tan santos se atreva á hacer ninguna obra servil, sino que todos juntos en la Iglesia celebren con alegres himnos y cánticos la fiesta de pascua, y asistiendo todos los dias al divino sacrificio, no cesemos de alabar y dar gracias á nuestro Salvador, especialmente por la mañana, á medio dia y á la tarde. Teodulfo, obispo de Orleans, en el nono siglo, despues de haber ordenado en su capítular que se comulgue el Juéves santo, quiere que se comulgue también todos los dias de la semana de pascua. El concilio de Maguncia en 813 ordena casi lo mismo. El de Meaux en 835 amenaza hasta con excomunion á los que violaren la santidad y solemnidad de estos ocho dias. Hacia los principios del siglo once se redujeron á tres estos ocho dias de fiesta.

Siendo la fiesta de pascua no solo la mas solemne de las fiestas de la Iglesia, sino tambien la famosa época que fija el tiempo de todas las otras, era necesario que se celebrase en un mismo dia en todo el mundo cristiano. Los judíos han celebrado siempre su pascua el 14 de la luna de Marzo, en memoria de haber sido libertados este dia de la cantividad de Egipto. La Iglesia en memoria de la resurreccion del Salvador, celebra la pascua el Domingo despues de la luna llena de Marzo, que cae inmediatamente despues del equinoccio de la primavera. Esto se observa por disposicion del concilio Niceno á fin de no encontrarse con los judíos ni parecer que los imita.

Antes del concilio Niceno tenido el año 325, los cristianos de Asia celebraban la pascua el 14 de la luna de Marzo, dia en que Jesucristo habia sido crucificado; pero los cristianos de Occidente la celebraban todos en Domingo. Esta diversidad de disciplina excitó como á la mitad del segundo siglo grandes disputas entre los occidentales y los asiáticos, pretendiendo estos que se debia celebrar la pascua el 14 de la luna de Marzo, como lo hacian los judíos, lo que hizo se les diera el nombre de cuartodecimanos: y sosteniendo aquellos que no debia celebrarse sino el Domingo. El papa Victor

amenazó separar de su comunión á las iglesias de Asia que se obstinaban en conformarse con los judíos. Esta diferencia se terminó en fin, por el famoso concilio ecuménico de Nicea, que declaró debia celebrarse la pascua en toda la Iglesia el Domingo despues del 14 de la luna de Marzo, que cae precisamente en el equinoccio de la primavera, ó inmediatamente despues de este equinoccio; y de aqui viene la variacion del dia de la pascua; pues la luna cuyo dia 14 cae en el equinoccio, pertenece al mes antecedente; y la luna de Marzo es siempre aquella cuyo dia 14 concurre en el equinoccio; pues para que el primer dia de esta luna se encuentre constantemente entre el 8 de Marzo y el 5 de Abril, la pascua nunca puede bajar mas que al 22 de Marzo, ni pasar mas allá del 25 de Abril; en este intervalo es preciso que caiga siempre.

Se sabe que el nombre de pascua viene de la palabra *Pasach*, que significa tránsito ó paso; y que entre los judíos significaba el paso del mar Rojo á la salida de los israelitas de Egipto, y el paso del ángel exterminador, el cual viendo la sangre del Cordero pascual pasaba sin hacerles ningun mal, al paso que entraba en las casas de los egipcios para matar todos los primogénitos de los hombres y de las bestias. Entre los cristianos la palabra pascua tiene la misma significacion; pero en un sentido mucho mas espiritual, con relacion al misterio de que aquel paso del ángel y de los hebreos no era sino figura. Significa propiamente el paso de la muerte á la vida en la resurreccion de Jesucristo, de la esclavitud del pecado á la dichosa libertad de hijos de Dios en los cristianos, de la ley antigua á la nueva, y del desierto de esta vida, dicen los Padres, á la verdadera tierra de promision, que es el cielo, á la cual nos dan derecho la muerte y la resurreccion del Salvador.

En muchas iglesias, y sobre todo, en muchas comunidades religiosas, se procura celebrar el dia de hoy el glorioso momento en que resucitó Jesucristo, con procesiones que se hacen al amanecer al derredor de las iglesias, ó en los bautisterios, y con la misa de resurreccion que se dice en un altar, que se levanta fuera de la iglesia, para venerar la santa impaciencia y prontitud con que las tres Marías fueron al sepulcro del Salvador ántes del dia. Los griegos y los orientales hacen una especie de fiesta particular, que llaman la fiesta del triunfo de Jesucristo, que sale glorioso del sepulcro. Al amanecer, luego que empieza á rayar la aurora, van á la iglesia, y despues de algunas oraciones y lecciones, se canta un himno ó cán-

tico de la resurreccion, á cuyo tiempo el preste que oficia, besa la imágen de Jesucristo resucitado: luego besa al mas respetable del concurso, el cual besa al que está inmediato á él, y así pasan de unos á otros. Las mugeres hacen lo mismo unas con otras, y hasta los niños practicaban esta santa ceremonia. El que da el ósculo dice: *Jesucristo ha resucitado*; y el que lo recibe responde: *Ha resucitado verdaderamente*. Esta señal de alegría cristiana no se estilaba solo en la iglesia: no habia otro modo de saludarse los cristianos estos tres días en las calles y casas. En el occidente se observaba la misma ceremonia; decian al saludarse: *El Señor ha resucitado verdaderamente*: y se respondian: *Demos á Dios eternas gracias*, valiéndose ordinariamente de esta ocasion para reconciliarse por este ósculo de paz que estaba tan en uso. Con el tiempo vino á no darse sino solamente en la misa, hasta que en fin se ha reducido únicamente á los ministros del altar y á los clérigos. Todo en el oficio pascual inspira aquel santo gozo de que la Iglesia está penetrada; salmos, himnos, cánticos, antifonas, versículos, todo concurre á celebrar con solemnidad el triunfo del Salvador en este día; mas no solo el suyo, sino el nuestro, ó la parte que tenemos en el suyo: la cuaresma ha sido para nosotros la figura de la vida penitente y laboriosa que debemos tener en este lugar de destierro; mas la fiesta de pascua representa aquella vida gloriosa que debe ser la recompensa de la presente. Por eso la Iglesia entra ya en espíritu en la patria celestial por el oficio todo de esta semana. No quiere ya alabar á Dios con los himnos ordinarios, sino que repite sin cesar el cántico de la Aleluya, que los bienaventurados, dice S. Juan, cantan eternamente en la gloria: "Oí como la voz de muchas tropas de gente en el cielo que decian: *Aleluya*: la gloria y el poder sean dados á nuestro Dios, al cual pertenece la eualidad de Salvador; dad sin cesar alabanzas á nuestro Dios todos los que sois sus siervos. Porque el Señor nuestro Dios Todopoderoso ha tomado posesion de su reino. Alegrémonos, saltemos de gozo, y glorifiquémosle." Ved aquí lo que pasa en el cielo segun San Juan, y lo que la Iglesia procura imitar sobre la tierra, por la frecuente repetición de la palabra *Aleluya* durante el tiempo pascual.

El introito de la misa de este día es del salmo CXXXVIII. *Yo he resucitado sin haber dejado jamas de estar contigo: sea alabado nuestro Dios*. Quien dice esto es el mismo Jesucristo, que en el día de su triunfo se lo dijo á su Padre. *Extendiste tu mano so-*

bre mí, nunca tu infinito poder se manifestó conmigo mas glorioso que en el triunfo de mi resurreccion; seas glorificado eternamente. Tu ciencia se ha hecho admirar, alabado á Dios y no ceses de cantar á honor suyo cánticos de alabanza. Como tú solo Señor me conoces perfectamente, dice el Salvador; y como solo yo conozco perfectamente lo que tú eres, tu infinito poder, tus divinas perfecciones y tu esencia, has hecho conocer en este día lo que soy yo. Tú conociste mi muerte y mi resurreccion. Conociste el fin, la causa y el mérito de mi muerte, por la cual he satisfecho plenamente á tu justicia, y no ignoras tampoco que por el poder divino, que me es comun contigo, he resucitado glorioso y triunfante de la muerte y del sepulcro.

La Epistola de este día se tomó de la primera carta que escribió San Pablo á los corintios. Hermanos míos, les dice, deshaceos de la antigua levadura, para que vengaís á ser una nueva masa. Acababa el santo Apóstol de reprender á los fieles de Corintio, el que tolerasen entre ellos un incestuoso público, al cual lo entrega el santo á Satanás, para que estando cortado del cuerpo de la Iglesia como un miembro podrido, no tengan en adelante ningun comercio con él. *¿Ignorais, les dice, que un poco de levadura corrompe toda la masa? Y tomando de aquí ocasion de hacerles comprender la pureza é inocencia que pide Dios á todos los cristianos, les dice al cortar del cuerpo de la Iglesia este miembro podrido: "Sabed que debéis apartar de vuestro corazon toda inmundicia, para que seais puros é immaculados y reengendrados por el bautismo, y tened la dicha de celebrar una pascua continua en que el mismo Jesucristo es la víctima. Pongámonos en estado de participar de este celestial banquete, por medio de una vida pura é inocente, y enteramente distinta de la que teniamos ántes de nuestra regeneracion."* El Apóstol, dice un sabio intérprete, hace aquí una alusion continua á lo que practicaban los judíos ántes de comer el cordero pascual. Tenian un escrupuloso cuidado de echar de su casa toda levadura y todo lo que estaba fermentado. Por la levadura debe entenderse aquí el pecado y todo lo que mancha el alma. Los judíos tenian por manchada toda una masa, por poca que fuese la levadura que entrase en ella, mientras duraban los siete días de pascua: de modo que esto habia pasado á proverbio, para significar que las compañías mas santas perdian su reputacion, y se exponian á ver bien presto introducido en ellas el desórden desde el mo-

mento que sufrían imprudentemente consigo personas de malas costumbres y de una vida escandalosa. Esta expresion *Epulemur*, comamos ó bagamos un banquete, no significa un banquete ó una accion particular; por la cual les pide San Pablo á los cristianos esta virtud y esta exacta pureza; significa y denota todo el tiempo de la vida, el cual se debe pasar en la inocencia y santidad. Tambien puede entenderse de la comunión pasqual. *Epulemur*: celebremos la pascua cristiana, recibiendo y comiendo la divina Eucaristía, que es el verdadero Cordero pasqual, no con la antigua levadura, esto es, no con aquellas disposiciones viciosas, en que estabais ántes que hubieseis abrazado la fé y os hubieseis despojado del hombre viejo para vestiros del nuevo: llegaos á la santa mesa, comed el divino Cordero que se inmoló por nosotros, comedlo con las disposiciones que pide un alimento tan santo: con un corazon puro, con una fé viva, con una conciencia limpia, y con aquel vestido de boda que denota una tan gran pureza.

El Evangelio es tomado del capítulo XVI de San Márcos. En él se nos refiere que María Magdalena, y María, madre de Santiago y Salomé, no habiendo podido acabar de preparar la tarde del viérnes todos los bálsamos que necesitaban para embalsamar el cuerpo del Salvador, segun era costumbre entre los judios, no bien hubo pasado el sábado, cuando fuéron en la tarde á acabar de proveerse de lo que habian menester para ir la mañana siguiente al sepulcro. Ansiosas é impacientes por tributar este último obsequio al Salvador, parten de Jerusalem al rayar el alba, y llegan al sepulcro como al salir el sol. Conforme se iban acercando, se decian unas á otras: ¿quién nos quitará la piedra que está ántes de la entrada del sepulcro? Si estas santas mugeres hubieran tenido ménos amor á Jesucristo, la dificultad que se proponian las hubiera hecho estarse en su casa. Pero cuando se ama verdaderamente al Señor, no se encuentra imposible cosa alguna en su servicio. Se sabe que su providencia tiene infinitos medios y recursos, y que muestra confianza se los hace emplear. Las menores dificultades detienen á una alma floja en el camino de la virtud; pero una alma fervorosa no encuentra cosa que no supere y venza fácilmente con la ayuda de la gracia. ¿De qué consuelo, de qué favores no se hubieran privado, si dando oídos á la razon natural, se hubieran espantado y amilanado á vista de una dificultad tan puesta en razon? En el servicio de Dios no es menester sino una generosa resolucion para ver allanar-

se, y aun desaparecerse todos los obstáculos. Se advirtió de repente un gran temblor de tierra, y dejándose ver en la primera bóveda donde estaban los soldados de guardia, un ángel bajado del cielo, les inspiró tanto terror, que echaron á correr. A este tiempo, volviendo el ángel la piedra, se sentó encima. Poco despues llegaron estas santas mugeres, las que quedaron agradablemente sorprendidas al no encontrar soldados; pero se sorprendieron mucho mas quando presentándose á la puerta de la primera cueva, advirtieron que estaba abierta la entrada de la segunda en que habia sido puesto el cuerpo del Salvador, y vieron á un ángel sentado sobre la piedra que se habia puesto desde el principio para cerrarla. El excesivo resplandor de aquel espíritu celestial en figura de un jóven bizarro, las paró y aun las inspiró algun terror. Su rostro era tan resplandeciente que despedia unos rayos como relámpagos, y sus vestidos parecian tan blancos como la nieve. Conociendo el ángel que estaban asustadas y temerosas, les dijo: Sosegaos, no teneis que temer: vosotras venís á buscar el cuerpo del Salvador para embalsamarlo; pero ¿para qué venís á buscar entre los muertos al que está vivo y es tambien Autor de la vida? No está aquí; ha resucitado. Acordaos que os dijo un dia, estando con vosotras en Galilea, que el Hijo del Hombre habia de ser entregado en manos de los pecadores; que habia de ser crucificado, y que tres dias despues de su muerte habia de resucitar. Todo esto ha sucedido como lo predijo: podeis convenceros de ser esto así por vuestros propios ojos. Veis aquí el lugar donde lo pusieron, no temais entrar, no encontrareis sino el sudario en que fué envuelto. Despues que esteis convencidas por vosotras mismas de su gloriosa resurreccion, id á buscar á sus discípulos y dadles esta dichosa nueva, especialmente á Pedro, á quien ha escogido por cabeza de su Iglesia, y que tiene grandes deseos de verlo resucitado. El ángel, dicen los intérpretes, nombra á Pedro en particular, así porque todos lo reconocian como el primero de los doce, como porque habiendo tenido la desgracia de negar á su buen Maestro, hubieran podido imaginarse los demas discípulos que habia caido de su primacia, ó él mismo hubiera podido creer que Jesucristo no lo miraba ya sino como á un apóstata. Para asegurarlo, para consolarlo y para hacer comprender, dicen San Crisóstomo y San Gregorio, que su dolor y sus lágrimas no habian sido vanas, hace el Hijo de Dios que le avisen á él en particular de su resurreccion.

Quedaron las santas mugeres tan atónitas de lo que veían y oían, que apenas podían hablar una palabra. Vueltas de su espanto entran en el sepulcro y lo hallan vacío. En esta sorpresa se les presentan dos ángeles: este objeto renueva su terror: salen del sepulcro y van á decir á los discípulos lo que han visto. Pedro y Juan corren al sepulcro para ver con sus propios ojos lo que les decían las mugeres: estas los siguen, entran en él los dos discípulos, y no encuentran sino los lenzos en que había sido amortajado el Salvador. Atónitos del prodigio, agitado su corazón de varios pensamientos, y como suspenso entre el dolor y el gozo, entre la admiración y el temor, toman la vuelta. Magdalena fué la única que se quedó junto al sepulcro, no pudiendo resolverse á volver sin saber qué se había hecho del cuerpo de su divino Maestro; su zelo, su inquietud, su ardiente amor á Jesucristo la ocupaban tan fuertemente, que no pensaba en lo que la había dicho el ángel. Ocupada toda del objeto de su amor, se imagina que se lo han hurtado y quiere buscarlo á cualquier costa: su impaciencia y su inquietud la hacen desconfiar de sus propios ojos; cree no haberse hecho bien cargo la primera vez; vuelve á entrar hecha un mar de lágrimas, y habiéndose bajado para registrar y ver mejor el sepulcro, vé dos ángeles vestidos de blanco sentados en el sitio donde habían puesto el cuerpo de Jesús; el uno á la cabeza y el otro á los pies. La vista de los ángeles no la resarce de la pérdida que cree haber tenido del que busca. Muger, la dicen, ¿por qué lloras? Y ella les responde: Porque me han llevado á mi Señor, y no sé dónde lo han puesto. San Crisóstomo cree que Magdalena notó á la sazón en los ángeles una imprevista y pronta veneración como si adorasen á alguno. Volvióse para ver qué era aquello, y vio á Jesús que estaba allí; pero no pensó que fuese el Señor. Muger, le dijo el Salvador, ¿por qué lloras? ¿á quién buscas? No lo ignoraba el Señor; pero gusta mucho que se le franquee el corazón, y que se le diga que se le ama; quiere que se multipliquen y se renueven las pruebas y testimonios de nuestro amor. Magdalena creyó desde luego que era el hombre que cuidaba el huerto, y así, le dijo: Señor, si tú te lo has llevado, dime donde lo has puesto, y yo lo cogeré y me lo llevaré. Cuando uno está vivamente sentido y penetrado de dolor de alguna cosa, se imagina que todos saben el motivo que le hace llorar. La impaciencia, el amor y la perseverancia de Magdalena le robaron el corazón al Salvador de modo que no quiso ya diferir mas tiempo el mani-

festarse á una amante tan fina. Dijo: "María!" á esta sola palabra reconoce Magdalena al Salvador, y trasportada de mas vivo gozo de que es capaz el corazón, exclama: ¡Ah divino Maestro mio! y póstrase á sus piés para asirlos con sus brazos. Dijo entonces Jesús: No me toques: como si la dijera, en sentir de los Padres: no te pares á tocarme, como si jamas hubieras de verme mas sobre la tierra; sosiégate y ten por cierto que tendrás tiempo de verme y conversar conmigo de espacio, pues todavía no estoy en disposición de dejarte tan pronto para subir al cielo: todavia estaré visiblemente contigo algun tiempo para consolarte, confirmarte é instruirte. Y aunque me ves con el mismo cuerpo que me viste ántes de mi resurrección, no debes ya mirarme con los mismos sentimientos naturales: elévate por la fé á unos sentimientos mas espirituales y á un conocimiento sobrenatural: de hoy en mas debes pensar y obrar de un modo mucho mas perfecto, y no te imagines que he de vivir entre vosotros, como viven aquellos que he resucitado. Me dejaré ver corporalmente muchas veces entre vosotros, me manifestaré á vosotros; pero de un modo siempre milagroso, hasta que habiéndoos instruido suficientemente, y habiéndoos enseñado á no mirarme ya con ojos corporales, sino con los ojos de la fé, suba á los cielos para estar sentado á la diestra de mi Padre, y prepararos el lugar que os he merecido con mi muerte: vé aquí lo que te mandó que rayas á decir á mis discípulos. Esta fina amante corrió al punto á contar á los discípulos lo que la había sucedido. Jesucristo se apareció despues á las otras santas mugeres en el camino. El mismo dia se manifestó tambien á los dos discípulos que iban á Emaus, y á S. Pedro ántes de dejarse ver de los otros Apóstoles, queriendo darle esta señal de distincion, como á cabeza de los Apóstoles y de toda la Iglesia. Finalmente, la tarde del mismo dia de su resurrección, se manifestó á todos los discípulos juntos. Es digno de advertirse, que en ninguna de las apariciones del Salvador se habla una palabra de la Santísima Virgen, porque inmediatamente que resucitó Jesucristo se la había aparecido; siendo muy justo que tuviese parte la primera en el gozo y en la gloria de su triunfo; y por otra parte estando perfectamente instruida de estos misterios, no tenia necesidad de semejantes lecciones.

*La Epístola es del capítulo V de la primera del Apóstol San Pablo á los Corintios.*

Hermanos: Echad fuera la levadura añeja para que seáis una masa nueva, como que sois panes sin levadura. Porque Jesucristo que es vuestro Cordero pascenal, ha sido inmolado. Por tanto, celebremos la fiesta, no con levaduras añejas ni con levadura de malicia y de corrupción, sino con los panes ázimos de la sinceridad y de la verdad.

*El Evangelio es del capítulo XVI de San Marcos.*

En aquel tiempo: María Magdalena, y Marí, madre de Santiago y Salomé, compraron aromas para ir á embalsamar á Jesus. Y partiendo muy de madrugada el primer día de la semana, llegaron al sepulcro salido ya el sol. Y se decían una á otra: ¿Quién nos quitará la piedra de la entrada del sepulcro? La cual realmente era muy grande. Mas echando la vista, repararon en que la piedra estaba apartada. Y entrando en el sepulcro se hallaron con un joven sentado al lado derecho, vestido de un blanco ropage, y se quedaron pasmadas. Pero él les dijo: No tenéis que asustaros: vosotras venís á buscar á Jesus Nazareno que fué crucificado: ya resucitó: no está aquí: mirad el lugar donde le pusieron. Pero id y decid á sus discípulos, y á Pedro, que irá delante de vosotros en Galilea, donde le vereis, segun que os tiene dicho.

#### MEDITACION.

*Sobre la resurreccion del Señor.*

Considera que la resurreccion de Jesucristo es verdaderamente pasmosa con respecto á nosotros, y extraña, atendida nuestra condicion; pero que respecto al Señor nada tenía de extraño, y estaba muy en su poder: ella es sobre todo poder humano, y por tanto es un verdadero y asombroso milagro: ella es propia del poder divino, y por tanto fué el gran signo que el Señor prometió en prueba de su divinidad, y con el que comprueba y ratifica la legitimidad de su mision, la verdad de su doctrina, la santidad de su vida, y la divinidad de sus obras y signos portentosos. No necesitaba, á la verdad, el Salvador dar mas pruebas que las que ya habia dado de su divinidad: pues todas las obras de su vida mortal la predicaban altamente, y ellas eran tales, que por sí mismas brillaban y se reco-

mendaban. Por otra parte, al Señor le era debida la inmortalidad, y por consiguiente la resurreccion de una muerte que abrazó sin serla debida, y si solo por redimir á los hombres. ¿Qué cosa, pues, mas propia de Cristo que la resurreccion? Ella ademas estaba en su arbitrio y en su poder, como lo dijo el mismo Señor por estas palabras: "Potestad tengo de deponer mi alma, y de volverla á tomar." Era el Dios hombre, de cuya divinidad no se separaron ni el cuerpo ni el alma, aunque entre sí se separasen por la muerte el alma del cuerpo. Así es que no fué menester mas que el que esta divinidad, esto es, esta persona divina volviese á unir su alma con su cuerpo para levantarse resucitado del sepulcro; y no ya para una vida mortal y temporal, sino para vida inmortal y eterna; pues la redencion estaba hecha, que era el único fin con que el Señor habia tomado la mortalidad. No por esto disminuimos lo portentoso de esta maravilla; pero sí la protestamos muy debida al Dios hombre y muy propia de su omnipotencia.

Considera que la resurreccion de Cristo fue en su intencion un ejemplar de orden supremo de la resurreccion espiritual de nuestras almas del pecado á la vida de la gracia. Ella es el principio de nuestra resurreccion á una vida inmortal y eterna; pues resucitando Cristo, que es nuestra cabeza, debe resucitar todo su cuerpo místico; mas para que esto pueda tener efecto, es necesario que ántes resucitemos del pecado á la gracia, y para esta resurreccion se nos da en ejemplar el Salvador. ¿Qué caracteres, pues, reconocemos en la admirable resurreccion de Cristo? ¡Oh! vemos que él deja la compañía de los muertos y se despoja tambien del sudario y la sábana que habian servido de mortaja á su cuerpo: él sale glorioso del sepulcro sin que le sirva de obstáculo la piedra que cerraba su boca, pues se penetra por ella para hacer uso de su libertad y sacudir la ignominia del sepulcro: él resucita á una vida inmortal: él finalmente resucita con su propio cuerpo, con su propia naturaleza; pero con un cuerpo dotado de una gloria propia de su inmortalidad; y si aparece entre los hombres, no es para vivir ya con ellos, como en su vida mortal, sino solo para darles pruebas de la verdad de su resurreccion, y por ello de su divinidad. He aquí, pues, el ejemplar de nuestra resurreccion. Si tratamos de resucitar con Cristo, es menester que dejemos la compañía de los malos, y que nos despojemos del ignominioso saco de la culpa: es necesario que atropellemos por todos los obstáculos que se opongan á nuestra conversion,

y que de un modo divino nos levantemos hombres espirituales, sin que nos sirva de embarazo la lámpida de la carne que impedía nuestra resurrección. La vida de gracia y de virtud que emprendamos debe asimismo ser inmortal, esto es, que aunque en el estado de viadores somos capaces de incurrir en la muerte del pecado, debemos conservarnos sin caer en él, y perseverar en la gracia hasta morir. Por último, así como el Salvador resucitó con su propio cuerpo, pero dotado ya de las dotes de la inmortalidad, así nosotros, aunque portemos, como que no podemos dejar de portar, nuestra miserable carne, hemos de vivir de manera que no hagamos sus obras, sino las obras del Espíritu, las cuales excluyen toda oscuridad de error y de pecado, todo peso y embarazo para el bien obrar, toda demora y lentitud en el servicio de Dios, toda carnalidad, todo afecto terreno, toda obra de pasión, ó de afición humana. No quiere Dios que dejemos el trato de las gentes que no nos impiden el ejercicio de la virtud; pero sí quiero que este trato sea tal que por él demos muestras visibles de nuestra resurrección, y se haga en cierto modo sensible, que si vivimos en la tierra, nuestra conversación es en los cielos; que aunque seamos los mismos que éramos en nuestro ser físico, hay ya en nosotros otro ser moral, ser de gracia, todo divino y sobrenatural.

#### PETICION Y PROPÓSITOS.

¡Oh Dios y Señor mio Jesucristo! ¡Oh triunfador magnífico de la muerte y del pecado, que siendo libre entre los muertos resucitaste cuando te plugó, y con la vida de la inmortalidad nos excitaste a morir al mundo y á nosotros mismos, para no vivir sino por tí, de tí, y para tí! Concédenme esta vida que eres tú mismo, y que veniste á darnos, y á darnosla con abundancia: sea ella todo el objeto de mis ansias, y enderece yo siempre á su consecucion todos los pasos de mi vida mortal, no perdonando medio ni diligencia que no emplee en la adquisicion de un don tan inestimable. Con tu muerte me ganaste esta vida, y con tu resurreccion me das posesion de ella; yo la conservaré abrazándome con una muerte permanente á todo lo visible, y escondiendo mi vida contigo en Dios tu Padre.

#### JACULATORIA.

Dadme, Señor, que os haga compañía en vuestros padecimientos para que me asociéis á vuestro triunfo, y participe de vuestra gloria.

#### LECCION.

*Sobre la resurreccion de nuestro Señor Jesucristo.*

Un espectáculo verdaderamente admirable, un triunfo jamas oido, es lo que se presenta el dia de hoy á nuestra contemplacion. Jesucristo, cuya muerte hemos llorado los dos dias anteriores, á quien vimos expirar sobre el afrentoso patíbulo de la cruz en medio de dos malvados, á la violencia del mas cruel de todos los suplicios, y á quien nuestro amor llevó al sepulcro, ha resucitado en fin; y habiendo sido el motivo mas justo de duelo y de tristeza, lo es hoy de la mayor alegría. Salíó del sepulcro rodeado de esplendor y de gloria: no hay obstáculos á su poder: la muerte misma que creia haberle vencido, es hoy el objeto de su triunfo: la sinagoga emudece, los enemigos todos de Jesucristo se confunden; pero los fieles discipulos del Crucificado se llenan de regocijo y alegría, enjagan sus lágrimas, su fé vacilante se confirma, y su esperanza adquiere el mayor motivo de firmeza.

En efecto, si Jesucristo no hubiera resucitado, como lo prometió, "nuestra fé," dice San Pablo, "seria vana, nuestra religion sin fundamento:" lo presente se hallaria sin consuelo, y lo venidero sin esperanza de recompensa: la naturaleza toda corrompida desde su origen, gemiria siempre bajo el peso de sus enfermedades; mas con la resurreccion de Jesucristo, dadas escrituras, fé vacilante é incredulidad, todo se disipó. Jesucristo resucitando acreditó su palabra, autorizó sus máximas, justificó su doctrina, cumplió las profecias, y afianzó la verdad de las Escrituras. Jesucristo resucitando dió fin á la sinagoga, derribó sus altares, abolió sus sacrificios, dispersó sus sacerdotes, y estableció el cristianismo, dándole un nuevo sacrificio, una nueva victima; un nuevo sacerdocio, y una nueva forma: con la resurreccion de Jesucristo la religion del pueblo de Israel es ya inútil; sola la del Crucificado es verdadera; sola ella es capaz de sostener con fundamento la dulce esperanza de la resurreccion de nuestros cuerpos y de la posesion de una gloria inmortal. Los miembros deben tener la suerte de su cabeza: nosotros somos los miembros y Jesucristo es la cabeza: él ha resucitado; luego nosotros resucitaremos tambien: él resucitó glorioso; á nosotros, pues, se nos espera una resurreccion gloriosa; es verdad que Jesucristo resucitó; luego nuestra esperanza es fundada: la gloriosa resurreccion de Je-

sucristo es modelo de la espiritual de nuestras almas. Entremos en materia.

Antes que Jesucristo resucitase, sabíamos, dice San Agustín, que los hombres nacían y que morían; pero no sabíamos que podían resucitar. Una continua experiencia, harto lamentable, nos hace ver que los hombres todos descienden al sepulcro, y son pasto de la podre y los gusanos: el monarca mas soberbio como el esclavo mas humilde, están sujetos á la corrupción; ni el mármol le es obstáculo, ni la fosa impedimento; pero el prodigio que veneramos el día de hoy jamas habia llegado á nuestro conocimiento, esto es, que pudiera haber en la naturaleza un hombre tan poderoso por sí mismo para salir de la morada y seno de la muerte, para resucitarse él mismo y volver por su propia virtud á la vida, sin tener ya que morir jamas.

No hay duda que se habian visto resurrecciones, como la del niño resucitado por Elías, la del mancebo por Eliseo, la hija del príncipe de la sinagoga, el hijo de la viuda de Naim, y Lázaro sepultado cuatro días; pero estas resurrecciones no se obraron por virtud de los mismos difuntos, sino por un poder extraño, y eran durables solo por poco tiempo, pues los mismos que los vieron resucitar, los vieron poco despues morir. Solo el divino Salvador, el árbitro de la vida y de la muerte, tuvo el glorioso privilegio de resucitarse á sí mismo, de librarse de la corrupción del sepulcro, y salir con su propia fuerza á una nueva vida que jamas habia de espirar; nuestra fé convencida de su triunfo, y nuestra esperanza reanimada con él, hacen que nuestro amor siga sus pasos victoriosos.

Hermanos míos, dijo el primero de los Apóstoles á los judíos, David, aquel gran rey, aquel santo profeta, que venció tantas naciones, que pronunció tantos oráculos, murió sin embargo en medio de la prosperidad. Es verdad que abatió leones, que degolló gigantes, que hizo tantas maravillas; pero al fin fué sepultado. Es cierto que su alma está gloriosa, que posee á Dios y vive en compañía de los bienaventurados; pero no ha resucitado; aun existe separada de su cuerpo: su sepulcro está en la ciudad; vemos en Israel sus huesos con sus trofeos. Pero no sucede esto mismo con Jesucristo: sabemos que murió; pero también sabemos que resucitó; anunciamos con toda seguridad el triunfo de su resurrección; no pudieron arrojarnos los suplicios, ni detenerlo los guardias: cumplió sus promesas y verificó sus oráculos: nadie puede mostrar su cuer-

po ni enseñar su cadáver: cávese su sepulcro, y no se hallará en él sino el testimonio eterno de su gloria. Resucitó.

¡Cuán dignos de lástima seríamos, si Jesucristo no hubiera resucitado! No solo estaríamos todavía en poder del pecado y bajo el imperio del demonio; sino que tambien no tendríamos ya esperanza de resucitar algun día; nuestra fé seria vana y nuestras predicaciones inútiles. Mas no es así: Jesucristo resucitó; luego nosotros tambien resucitaremos, pues escrito está, que seremos algun día semejantes á él en la gloria; que nuestros cuerpos aunque convertidos en polvo y en cenizas, serán reanimados; nuestros huesos áridos y secos se unirán á nuestra carne, y formarán el antiguo cuerpo, aunque ya no mortal ni sujeto á enfermedades, sino glorioso é impasible. Tal será la feliz suerte de los justos despues de su resurrección: ya no estarán sujetos ni á los trabajos, ni á los tormentos, ni á las violencias de las pasiones, ni á los excesos de las enfermedades, ni dolencias cuyo término es siempre la muerte; pero esta suerte de los justos no lo será sino despues de haber castigado su cuerpo como San Pablo, y haberle reducido á servidumbre; no lo será sino despues de haber macerado su carne con ayunos, mortificaciones, trabajos y continuas austeridades.

Almas sensuales que idolatráis vuestro cuerpo, que le tratáis con tanta blandura y que lo sumergís en todo género de deleites, sin violentar pasión alguna, ¿creís que vuestro cuerpo delincente resucitará algun día glorioso, que vuestra carne infestada con tantos crímenes y con tantas impurezas, será asociada á la de los bienaventurados, que tendrá por compañeros á los ángeles, á Jesucristo por cabeza, y á Dios por objeto de sus delicias? Nada ménos que eso; esa carne será víctima del demonio, y su suerte será el infierno. Es preciso, pues, resucitar en esta vida espiritualmente, esto es, pasar del pecado á la gracia: la resurrección de Jesucristo nos sirve de modelo: lo que él hizo para salir del sepulcro, debemos nosotros hacer para salir del pecado. Esta será la materia de la lección de mañana.